

CARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

GALERIA CÓMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES
UN ÉMULO DE MONSIEUR



Muchos buques ha salvado de la mar y sus excesos mediante muy buenos pesos que por ello le han pagado

Señales de abnegación tan heroica y sorprendente que merecen, francamente cualquier condecoración.

Agreguemos á esto que, á bombista de afición no le gana aquí cualquiera á Lussich (Antonio D.).

AÑO II
Nº 93
Diciembre 8 de 1895

chileno

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva-
lente, con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

SUMARIO

TEXTO—Zig-Zag, por Arturo Giménez Pastor—Para ellas: «Nieve de estío», por Juan de Dios Peza—Con el estribo en el pie, por Pérez Zúñiga—El santo y la limosna, por Carlos Lenguas—Entre dos fuerzas, por Arturo Giménez Pastor (continuación)—Menudencias—Moi, por Gabriel Merino—Correspondencia particular—A visos.
GRABADOS—Galería cómica, Fotografías sin retocadas—Un émulo de Monsieur, por Aurelio Giménez—Para vuestros álbums, dibujo J. M. Marques (reproducción de A. Giménez)—Proyecto de escudo simbólico para una República que todos conocemos, por Wimplaine II—Con el pie en el estribo (3 viñetas de Mécachis, y varios intercalados en el texto por A. Giménez.



¿Que no habíamos de tener Banco?
¡Vaya! ¡Así como así se pasan nuestros prohombres del Gobierno sin Bancos que fundir!

Es una costumbre como cualquier otra, que han contraído, y ya empezaban a sentir con violencia la nostalgia del papel moneda.

Por otra parte, es cosa de amor propio. Cada Gobierno ha cumplido religiosamente su misión de fundar y fundir su correspondiente institución bancaria, y, francamente, ¿qué se hubiera dicho del de don Juan y compañía, visto que no hacía lo que los anteriores?

Comprendan ustedes la situación desairada en que habría llegado a quedar ante el país y la Europa.

Por allá se dirían los prestamistas: «Pero señor! ¿Qué Gobierno es ese, que no echa mano de ningún Banco para sus gastos particulares? ¡Es escandaloso!»

Y lo mismo se decían los amigos colectivistas: «¡Es vergonzoso! Dentro de poco no tendremos ni para cigarrillos!»

Y se formaban corrillos murmuradores en las antecámaras de la casa de Gobierno.

—Dos años ya y todavía estamos viviendo con las mezquindades del Presupuesto!

—¡Es una vergüenza!

—¿Qué diferencia con Julio!

—¡Oh! Aquel sí que dirigía todo como se debe.

—Ese tenía mano fuerte.

—Y larga.

—¡Pero este!

—¡Bah! ¡Este!...

Y don Juan, cuando por casualidad oía alguno de esos «Este»... despreciativos, enrojecía avergonzado y murmuraba para sí:

—Pero; seré yo tonto, de veras?

Y se miraba al espejo; el espejo le decía que aquello no podía ser y entonces la emprendía con Vidiella.

—Tenemos que fundar un Banco, le decía con aire solemne. Federico, en ti confío! ¿O serás tú también estúpido?

Y Federico se rascaba la cabeza, un poco detrás de las orejas.

—¿Te pica? agregaba don Juan.

—¿La cabeza?

—Nó; el que te diga estúpido.

—Nó; es que pienso en eso.

—Pues hay que hacerlo.

Y Federico se marchaba a su bodega de Toledo. Y allá meditaba y meditaba y meditaba... Y algunas veces se quedaba dormido meditando.

Entre tanto don Juan seguía avergonzándose diariamente al pensar que los amigos hablaban de él llamándole «Este!...» y que



al lado de Julio y su gran golpe de la Cuenta especial aparecía todavía pigmeo con sus mezquindades de cuentas de la Jefatura y gastos de Kermesse oficial; y de pronto irritado hasta el paroxismo le venían deseos de ponerse de repente ante aquellos anyurrientos que murmuraban de él y decirles cuatro frescas.

—¿Y por qué no se las dices? le decían los de la familia.

—¡Pues! Porque estoy demasiado caliente con la cosa, y mal me pueden salir cuatro frescas, ni tres siquiera.

Y todos reconocían que tenía razón.

Apenas un día se atrevió a decir a Brian:

—¡Eh! ¿Qué se murmura? ¿No comprenden esos imbéciles amigos que compararme con Julio para echarme en cara mi mezquindad es un disparate? Hay que tener en cuenta que a Julio le dieron el Banco fundado y él se limitó a fundirlo; mientras yo tengo que fundarlo y fundirlo! Y ya es doble trabajo.

A lo que contestó Brian:

—No tal; gran equivocación; se trata de fundarlo simplemente. Porque de fundirlo nos encargamos los amigos, *s'il vous plait*.

Y Juan vuelta a emprenderla con Vidiella.

—¿Qué hacemos?!

—Pero si no tenemos dinero!

—¡Habrá borrico igual! Entonces quiere decir que para soltar unas cuantas arrobas de papel necesitamos oro!?

—Nó; pero es necesario para que los amigos se surtan, sino, no sé a qué viene el Banco.

—Cierto; exclamaba pensativo don Juan, hasta que iluminado por una idea feliz, volvía a decir:

—Federico; nada se te ocurre; ¿no tendríamos bastante para capital inicial con los lentes de Zaballa, los brillantes de Toledo y las medallas de Monsieur?

Y Federico aterrado ante la idea de dejar ciego al pobre Zaballa, oscuro a Toledo y sumido en la más horrible de las desesperaciones a Monsieur, volvía a su Granja de Toledo y allí vuelta a meditar, y meditar y meditar...

Hasta que salió el proyecto.



Porque ahora es un hecho. Tendremos Banco.

Es decir; lo tendrán ellos; porque a nosotros, probablemente, sólo nos tocará de cerca la futura inconvención.

Pero venga lo que viniere, es el momento de respirar; el amor propio no quedará humillado. Van a ver ustedes, como don Juan no se queda atrás de don Julio.

Y ahora para más seguridad, que nombren el Directorio en esta forma:

Presidente, doctor Julio Herrera y Obes; Tesorero, don Angel Brian; Secretario, don Clodomiro de Arteaga; Vocales, don Epifanio Zaballa, don Pantaleón Cabral y don Pedro Varela.

Y así queda completo.

Aunque de este pueblo descontentadizo no hay que esperar nada; todavía son capaces las gentes de no agradecer el presente.

Hay gentes que con nada se conforman ni nada agradecen.

Como uno, a quien, ya cansado de oír quejarse, decía yo:

—Pero hombre; comprenda usted que son demasiado generosos esos hombres del Gobierno. Vamos a ver; si usted fuera Gobierno, les daría a ellos Banco?

—Nó; me contestó muy tranquilo. Les daría un banquillo.

¡Oh! La ingratitude!....

Vaya; finalmente han concluido los exámenes universitarios de fin de curso.

Por felicidad.

Que a no ser así quedara media generación adolescente echada a perder.



Porque hay chico que se hincha la cabeza en estos días a fuerza de meterse en ella ciencia mal deglutida.

Eso sí; como quiera, queda después satisfecha la vanidad; porque luego salen del examen gracias a que les han preguntado lo más elemental del código, y van enseñada a casa de la novia que les aguarda como si debieran volver de la guerra.

Porque ya ellos han dicho muchas veces que aquello es terrible, por si acaso.

Y en llegando lo dicen:

—Ya salí ¡vaya que me apretaron los bárbaros de los examinadores! Figúrate, me preguntaron, de primera, la *Accesión!*

—Accesión!!! dice la doncella elevando los ojos al cielo. ¡Dios mío, qué será eso?

—Y enseñada, la *Comixión*, continúa él implacable.

—¡Comixión!!! Jesús, qué miedo! ¡Qué cosas tan difíciles!

(Son el A, B, C del programa. Pero los nombres!...)

—Y por fin—concluye el cruel doncel—Las disposiciones *captatorias*, el testamento *ológrafo* y...

—Basta, basta, dice la niña suplicante, abrumada por la formidable terminología legal.

—Con que ya ves,—dice él modestamente.

—He salido de eso.

Como quien dice:

«Ya puedes ir considerando qué novio te has echado. Y luego dirán que no hay heroísmo!»

En cambio los chicos de Preparatorios suelen llegar a casa haciendo pucheros.

—¿Como has salido? les dice la mamá aterrada.

—Mal... un poco mal... ¡También! me preguntaron la preparación del Oxígeno, nada menos!

—Del Ox... qué? Pero qué es eso que les hacen aprender hoy en día a los pobrecitos

PARA VUESTROS ALBUMS

niños? exclama indignada la mamá. ¡Cómo no ha de salir mal mi hijito, así! ¡Claro! Quienes son los examinadores, dime pronto?! ¿Quienes son esos bárbaros que preguntan esas cosas?

—Carlосena y...
—Soy capaz de ponerme la gorra, ir y arrancarle cuanto pelo tiene.

—No se puede... pue... puede, mamá.
—¿Por qué?
—No tie... tie... tiene pelos!

Esto es lo peor que puede suceder. La impotencia de por medio.

Claro es que con estas cosas, andan los muchachos, parientes y afines, con un manicomio en la cabeza cada uno.

Y así salen las conversaciones. Antenoche hablaban de música cuatro jóvenes, en la Plaza.

—Sí, señor, decía uno; se asegura que Gayarre daba un do de pecho, que aturdió al público, sin remedio.

—Bueno. Yo sé quien hace más, aún.
—¿Quién?

—Azcarate, el de la Universidad, que me cantó un re-probado que me aturdió como si me dieran una patada en la cabeza.

A propósito de esto, quiero ahora decir á ustedes como recuerdo á las inquietudes y alegrías pasadas en común, antes y después del examen, que á los compañeros de grupo, señores de Herrera, Cardoso, De León, Lenguas y García, no les pasó nada eso.

por...
El que suscribe formaba parte del grupo... y... tampoco le pasó... pero no se incluye...

¿Ustedes saben lo que es la modestia?
Auténtica ¿eh?.

Eso sí!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

PARA ÉLLAS



He encontrado, amigas mías, este lindísimo verso de Juan de Dios Peza, y no he podido menos que recomendárselo á Vds.

Es precioso, á pesar de que eso de las canas... ¿Creen ustedes que muchas declararían al suyo ese tan desagradable descubrimiento?

Por lo mismo, es que me ha gustado, y lo copio.

nieve de estío

Como la historia del amor me aparta de las sombras que empañan mi fortuna, yo de esa historia recogí esta carta que he leído á los rayos de la luna.

Yo soy una mujer muy caprichosa y que me juzgue á tu conciencia deja; para poder saber si estoy hermosa recurro á la franqueza de mi espejo

Hoy, después que te vi por la mañana, al consultar mi espejo alegremente, como un hilo de plata vi una cana perdida entre los rizos de mi frente.

Abri para arrancarla los cabellos sintiendo en mi alma dolorosas luchas, y cual fué mi sorpresa al ver entre ellos Esa cana crecer entre otras muchas.

¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza encanecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano con las primeras nieves de la vida?

No lo sé. Yo soy tuya, yo te adoro con fé sagrada, con el alma entera; pero sin esperanza sufro y lloro;

¿Tiene también el llanto primavera? Cada noche soñando un nuevo encanto vuelvo á la realidad desesperada;

soy joven, es verdad, más sufro tanto que siento ya mi juventud cansado.



DIBUJO DE JOSÉ M. MARQUES

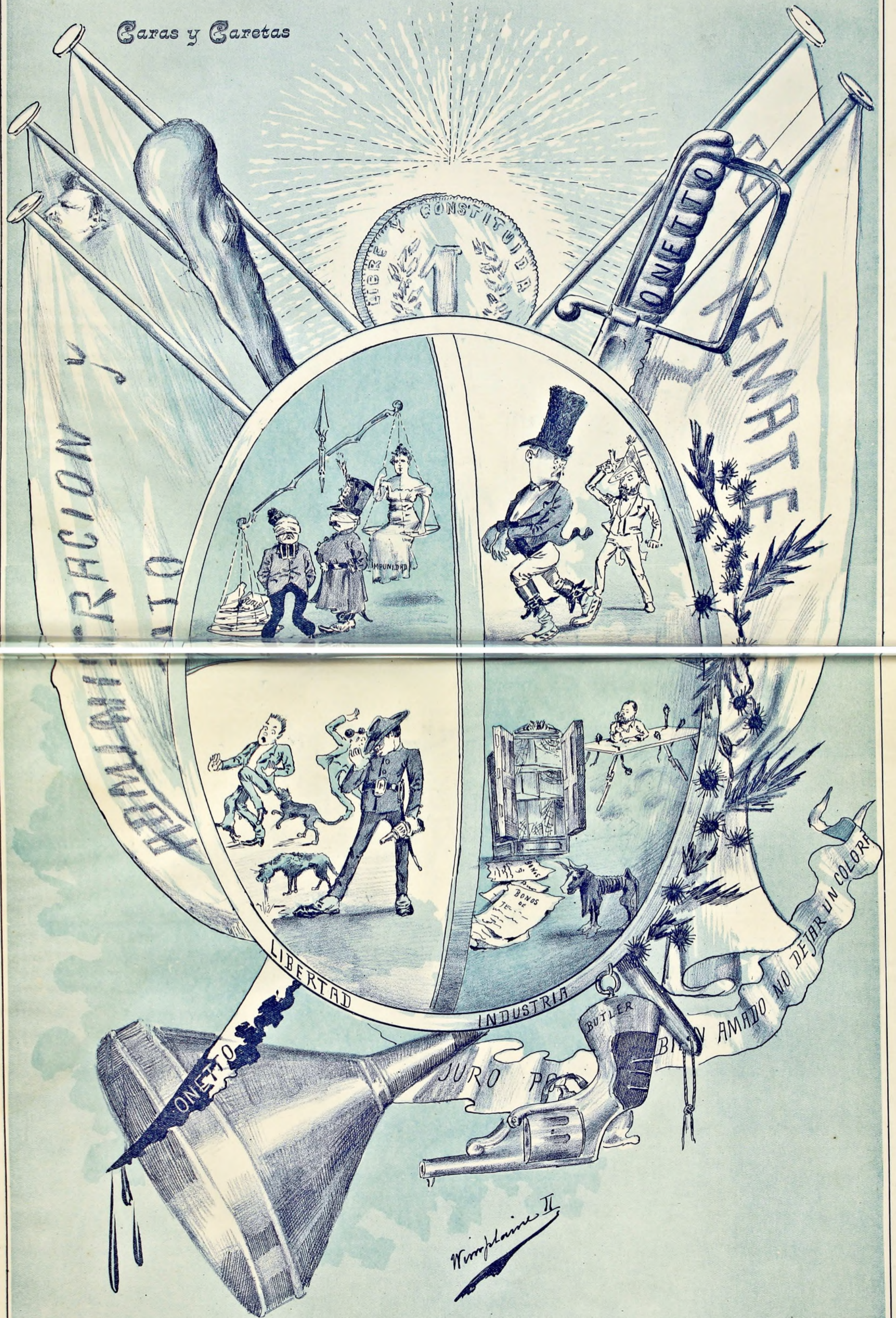
Quando pienso en lo mucho que te quiero y llevo á imaginar que no me quieres, tiemblo de celos y de orgullo muero. (Perdóname, así somos las mujeres), He cortado con mano cuidadosa los cabellos blancos que te envío; son las primeras nieves de una rosa que imaginabas llena de rocío. Tú me has dicho: «De todos tus hechizos, lo que más me cautiva y enagena, es la negra cascada de tus rizos cayendo en torno de tu faz morena» Y yo que aprendo todo lo que dices, puesto que me haces tan feliz con ello, he pasado mis horas más felices mirando cuán hermoso es mi cabello. Mas hoy no elevo dolorosa queja porque de tí no temo desengaños;

mis canas te dirán que ya está vieja una mujer que cuenta veintinueve años. ¿Serán para tus años mis canas nieve? Ni á suponerlo en mis delicias llevo. ¿Quién á negarme sin piedad se atreve que es una nieve que brotó del fuego? ¿Lo niegan los principios de la ciencia y una antitesis loca te parece? Pues es una verdad de la experiencia: cabeza que se quema se emblanquece. Amar con fuego y existir sin calma; soñar sin esperanza de ventura; dar todo el corazón, dar toda el alma en nn amor que es germen de amargura; buscar la dicha llena de tristeza sin dejar que sea tuya al hado impío, llena de blancas hebras mi cabeza y trae una vejez: la del hastío

J. M. Marques
Giménez 91 Julio 1911

Proyecto de escudo simbólico para una República que todos conocemos

Caras y Caretas



Enemiga de necias presunciones, cada cana que brota me la arranco; y aunque empañe tus gratas ilusiones, te mando, yo lo ves, un rizo blanco. ¿Lo guardarás?—Es prenda de alta estima y es volcan este amor á que me entrego; tiene el volcan sus nieves en la cima, pero circula en sus extrañas fuego.

JUAN DE DIOS PEZA.



DE PÉREZ ZÚNIGA

CON EL ESTRIBO EN EL PIE

(OTRO ARTÍCULO MAREADO QUE POR LINDO HE RECORTADO) (L)

Así me dijo mi amiga Luisa Torbellino que se hallaba estos días.

¿Que encuentro tuve ayer con ella en la calle de Alcalá! Nunca olvidaré el diálogo que tuvimos

—Luisa, ¿cómo está usted?

—Así, así. Como ya se aproxima la cabeza no sé dónde tengo la marcha. He estado en la Costanilla de los hijos á despedirme de los Desamparados de don Lucas Guardia el coronel de la Porra civil; después en casa de la desmejorada del Polvillo, que se ha quedado un poco baronesa; luego en casa de los señores de Gomez, excelentes baldosines que tienen fábrica de sujetos; más tarde en casa de unos Monteses carnales que tengo en la plaza de los primos, y por último en casa de mi tapia, que vive en la Ballesta de la sorda y está más conuñada que una travesía.

Después he ido á la calle de Madame Josefina, á ver á Isabel la Católica, que es mi niña de cámara desde que yo era modista.

Si usted viera el bizco que me acaba de hacer, se quedaba usted vestido de lanilla. ¡Como lo voy á lucir en el calor cuando San Sebastián apriete



(1) Del «Blanco y Negro».

Supongo que con este mundo y los otros trajes que llevo en el siete, los bañistas que me encuentren en la boca se quedarán con la playa abierta.

—¿Pues no sabe usted los días de verano que me han arreglado en estos últimos sombreros! Uno es de moda blanca de Italia, según la última paja. Otro, que es de crema color de opio, seguramente va á dar la puntilla. Otro...

—¿Y no lleva V. alguno adornado con flores y frutas?

—Sí; el más raso de todos lleva trozos de bunito azul, espuelas de Toro y guindas de Caballero.

—¿Vaya, vaya! Estará usted rendida.

—Crea usted, dolor mio, que tengo un gran amigo en todas las articulaciones. Y aun he de hacer algunas calles por esas compras de Dios.

—¿Qué es lo que va usted á comprar?

—Una hermana de cuero negro claveteada, como la del marido de mi maleta; seis pañuelos de metal blanco; media docena de cuchillos para la nariz; salchichones por si llueve; un paraguas por si tengo apetito; ligas andaluzas como las de mis vecinas verdes; una escofina Losada para postre; queso manchego para los callos; una toca para la perrita; un bozal para la doncella, algodón en dulce, jamón en rama, jarabe para el pelo y horquillas para la tos.

—¿Cuánto sufre el estribo antes que uno ponga el bolsillo en el pie!

Pero no me renta nada el gastar en esto muy considerable pesa; porque usted no sabe como se me pone todo el verano en cuanto el cuerpo se me echa encima.

Los granos se me llenan de brazos, mi estómago palidece, mis mejillas rechazan todo alimento, la ola de mis venas pide barros de sangre, y mi médico de reputación, que tiene muy alta la cabecera y es un señor muy repetido, me lo tiene sumamente alibarado: —«Si no sale usted del trono de esta madre, le pasará lo mismo que á su difunta Corte, que por no ir á remojarse al Campo Santo esta hoy en el Sardinero de un nicho, llorada por los gusanos y roída por los parientes»

Aparte de que esta Guipuzcoa, yo quiero ir á la Capital de la Consideración, y charlar allí con los boulevares intimos, y pasear á lo largo de mis amigos, y apostar en los sombreros, y ponerse distintos frontones en la cabeza, y lucir mis playas en las formas del Señor, ya que tan redondas me las ha dado San Sebastián

—¡Bravo, Luisita bravo! ¡Y deja usted la casa cerrada!

—La dejo al cuidado de La Garriga como cuando estuve en los baños de la portera.

La pobre buena es tan ausente que mientras yo estoy Clara, ella recibe los pisos, friega los recados, y, sin desatender á los colchones, saca de mi cama á los vecinos para sacudirlos de vez en cuando.

—Pues que lleve usted feliz viaje.

—Adios; recuerdos á toda la salud, y que tenga usted mucha familia este verano



Y dicho esto desapareció por la calle de las cruces; yo me quedé haciendo torres (como diría la famosa viajera) y me fui á la calle de los Tres Amigos á comer en compañía de cuatro peces de buen humor.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

Ilustraciones de Mecachis.

El santo y la limosna

Con ardiente indignación y de pulcro haciendo alarde, probaba á voces Velarde ante crecida reunión, cómo la conciencia medra en el siglo de las luces: ¡el diablo adora las cruces! ¡el corazón es de piedra! ¡nada es puro, nada honrado! ¡la impureza se levanta, mientras la inocencia santa es un mito despreciado! ¡Fiesta magna, sí, señor! No faltaba allí un cristiano y el obispo diocesano con una guardia de honor iba á celebrar la misa en el altar de Dolores... —Cuando entónces yo, señores, que temía una repisa con un santo á mi cuidado y también una alcánzia, advierto ¡quién lo diría! que se me habían alzado con el santo.

—Le imitaste— dijo para sí un oyente— Pues que tú, y muy diligente, con la limosna te alzaste)

CARLOS LENGUAS.



Señores lectores: Suplico á ustedes encarecidamente que perdonen la vida á los tipógrafos encargados de confeccionar el presente número. Les supongo á ustedes animados de arranques tipográficos en la seguridad de que les ha de haber sentido como un pisotón en callo mal cortado la lectura del versito anexo á la caricatura del número anterior y el que acompaña la Fotografía sin retoques del presente.

En aquél salió el segundo verso más cojo que Segundo, en virtud de haberse devorado los cajistas una sílaba. Cuando vuelvan ustedes á leerlo (si vuelven á ello alguna vez) en vez de

Angel—¡Adelante! ¡Quién empieza?

Juan—Por favor, adelante.

lean con un poco de buena voluntad

Juan—Sí, por favor, adelante.

En cuanto al de hoy, comprendan ustedes que se ha cometido un verdadero atropello en la última cuarteta.

—Pues no me le han cambiado un consonante, ni más ni menos?

Hagan ustedes el segundo favor.

Donde dice:

á bombista de afición

lean:

á bombista de primera

que así lo escribí yo para que quedara la cuarteta como Dios manda, más ó menos, que es así:

Agreguemos á esto que á bombista de primera no le gana aquí cualquiera á Lussich (Antonio D.).

—Pero de dónde sacarían los tipógrafos eso de la afición, Dios mío?

Don Alfredo Varzi, nuestro antiguo colaborador, nos ha enviado un ejemplar de su libro «Pascuas y Cuaresma». Agradecemos.

Envidio pero mucho
me dijo un ñato
á los de la Kermesse
del Patronato.
Porque con tal fracaso,
¡gentes felices!
quedado han con un palmo
de naricos.

Ayer fué remitido preso, según la crónica poli-
cial, el guarda-tren Juan Gayola
Vamos vamos, han metido
á Gayola en su apellido.

Se cuentan maravillas del turco Ajeeb que juega
á las damas en la Kermesse del Patronato.
—Mire usted, decía ayer un señor en una reu-
nión.—A los dos minutos de sentarme, me había
comido ocho damas
—¡Demonio! dice Gedeón que oye esto. Si si-
gue así va á concluir dentro de poco con todas las
damas del Patronato.

A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

(Continuación.—Véase el número 88)

Pero la novena de ánimas concluyó, desvanecien-
do con la última campanada de su toque largo y
triste todas las esperanzas que había hecho concebir.
Inútiles fueron entonces los recursos desespera-
dos de sediento que vé en sueños alejarse la fresca
fuente, más cada vez, más cada vez, hasta desapa-
recer por completo.

Y cuando los amigos con cierta sonrisita burlona
les preguntaron que había resultado de aquellos
nueve días para cada uno de los cuales ensayaran
un nuevo recurso teatral, tuvieron que contestar,
malhumorados con un «nada» vergonzoso y un tan-
to agresivo, molestados por la pregunta importuna.
¡Ah! Y eso que ellos callaron siempre lo mejor;
el resultado del gran recurso extremo, de aquel
gran recurso novelesco, digno de ser trasladado al
romance por la pluma romántica y atrevida de un
Ortega y Fria! No había faltado nada; una noche
oscura; una calle solitaria, la dama enlutada... ¿Qué
más?

La idea había sido ¡claro! de Pedro. Aquello no
podía fallar, según él.

Se trataba de poner en ejecución un recurso que
había visto realizado con completo éxito en una no-
vela italiana que leyera tiempo atrás. El marqués,
aventurero y enamorado un tanto misterioso y terri-
ble, como todos los marqueses italianos, resolvía
conquistar con un solo golpe de efecto el amor de
la heroína y la admiración y la gratitud del padre.
Media docena de bandidos más ó menos auténticos,
contratados al efecto, ataban de pronto el coche
que conducía á ambos camino del castillo. La joven
sobrecogida de espanto, pide socorro á grandes vo-
ces; y, como evocado por la voz de la mujer ama-
da, aparece de pronto el marqués, caballero en brioso
corcel. Aparecer, desnudar la tizona, empuñar
las cinceladas pistolas de arzón y poner en vergon-
zosa fuga á los torvos é hirsutos asaltantes, todo es
uno. Como consecuencia más que lógica, la joven
premia el valor del marqués con su más dulce mi-
rada, y lo demás se comprende.

Pues esto, ni más ni menos á juicio de Pedro,
era lo necesario para decidir favorable é infalible-
mente la situación.

—A grandes males grandes remedios, dijo ocho
ó diez veces, brillándole los redondos ojos pardos
tras los fruncidos párpados, de puro gozo al supo-
nerse actor en aquella aventura verdaderamente
novelesca, en la aventura tan deseada por su ima-
ginación de chico loco.

El otro aceptó radiante de placer; sí, aquello era
lo que hacía falta; no podía fallar; imposible; no
podía suponerse tanta ingratitud.

—¿Qué! Cualquiera cae en un lazo como ese; se-
ría más que ingratitud, agregó Pedro.

—Más que ingratitud! repitió Mario.
Y ambos convinieron en que tal cosa no podía
ocurrir, y en que el éxito podía ser muy seguro,
rigurosamente aplicada la lógica del corazón feme-
nino.

¿Quién, quien hubiera sido capaz de convencer
á dos cabezas juveniles de que aquella escena,
sacada de aquel áspero y oscuro camino de la Ita-
lia de los brigantes y los *condottieri*, eliminada la silla
de posta y las pistolas de arzón y la brava tizona
de bruñida cazoleta, era imposible, era como las
decoraciones de teatros vistas de cerca á la luz

del día, falsos el color y el efecto, perdido todo
el encanto y la ilusión?

Quizá Mario tuvo un momento de duda, vislum-
brando á través de su deseo desesperado de lograr
por todos los medios aquella ansiada satisfacción de
vanidad y amor, un fondo de inocencia ridícula, de
ilusionismo infantil en el empleo de tal medio en
pleno Montevideo, á la luz de los focos de luz
eléctrica, con la perspectiva de calles tiradas á
cordel, pisando el geométrico adoquinado, ante los
alegres balconcitos de marmol, escuchando cercano
el murmullo de la ciudad cansada que se desangra-
ba en grupos de gente tranquila por la calle 18 de
Julio.

Pero no estaba él para desdeñar medios, y el
entusiasmo de aquella otra cabeza llena ansiedades
fantásticas le seducía. El deseo fué más fuerte que
el buen sentido.

Pedro, algo desfigurado el rostro, convenientemente
disimulada su mirada inquieta de miopo ino-
cente y cariñoso, detendría á Delia y sus amigas en
mitad de la cuadra, en el sitio más oscuro de aquel
pedazo de la calle Gaboto; y una vez que su ino-
cencia llegase á provocar protestas y terrores, apa-
recería Mario, como el marqués de la novela, asu-
miendo el papel de salvador inesperado, para librar
las asustadas mujeres del audaz entrometido me-
diante unos cuantos golpes asestados con todo el
valor que da la más absoluta impunidad.

Todo esto no era muy natural, ni aparecía del
encanto que le diera la novela, ocurriendo en una
calle que se titulaba *Gaboto* y á media cuadra de
la calle 18 de Julio; pero no era cosa de pararse
en detalles de música gramatical ni mayor ó me-
nor verosimilitud. Lo hicieron.

La noche, nublada, parecía favorecerles. En un
segundo se halló Pedro armado con una formidable
bigote y tiznados los carrillos para destruir un po-
co con ángulos aquel aire bonachón que le daba
su cara blanda y carnosa llena de la blanca mate
de los niños mimosos; y aunque no poco temblo-
roso é inseguro, con un último ensayo de la *mirada terrible* y la última recomendación de calcular
bien la fuerza de los golpes libertadores, se adelan-
tó por la calle Gaboto en momentos en que Delia
y sus amigas volvían la esquina opuesta.

Mario entretanto devorándose las uñas de impa-
ciencia aguardó el cnoque; pero una voz bronca y
ruda le hizo sudar previendo el fracaso. Se arrimó
al ángulo.

Pedro había tropezado con un borracho belicoso
que le emprendió á insultos con él, reputándose
ofendido, decidido á pelear, fastidioso, pesado lle-
no de la obstinada porfía del vino.

Pedro, sin saber qué hacer, mirando como avan-
zaban las tres siluetas negras de las mujeres, acer-
cándose cada vez más, se limitaba á decir con su
voz débil é insegura evitando las manos torpes y
gruesas del ebrio.

—Pero déjeme, hombre; déjeme!

Mario corrió hacia él y le arrastró de allí cuando
ellas llegaban casi al sitio, y ambos echaron á cor-
rer para no ser reconocidos, escuchando murmullo
de risas contenidas, perseguidos por la voz aguar-
dentosa del borracho que les gritaba de atrás infa-
mándolos impunemente, hasta que se detuvieron
jadeantes tres cuadras más lejos, mirándose ambos
como sonámbulos, atontados, sintiendo la complici-
dad del bochorno calentarles la cara, mientras la
luna que les parecía ver riendo toda su gran cara
redonda, cual la pintan los dibujantes cómicos, aso-
maba por entre las nubes entreabiertas, como una
cabeza curiosa asoma un ojo burlón entre los visi-
llos de la indiscreta ventana, y les miraba derram-
ando su luz pálida sobre la cara mal tiznada de
Pedro, que, con el bigote torcido y la boca abierta,
jadeaba todavía aturdido.

Discutieron poco y mal un momento y domi-
nados por la sensación molesta é irritante del ri-
diculo, se separaron de mal humor.

Pero una vez perdido aquel último y extraño
recurso, visto que nada había ya que hacer, sobre-
vino la resignación completa, renunciando al fin para
dominar en el alma de Mario, la juventud oprimida
por el deseo nervioso de la mujer, la juventud que
olvida, que aplaca con la despreocupación del adoles-
cente, todas las tempestades de un día, levantadas
por un soplo; y el deseo se durmió cansado de la
lucha.

El último esfuerzo fueron una frase y una actitud
tan solo.

Cuando despues de la aventura fué á ver á Delia,
llegó casi á emocionarla, viéndole tan triste y tan
sumiso, mirándola, llenos de adoración sus hermosos
ojos, llenos de tranquila tristeza.

Y rogándola aún, por ultima vez, le dijo única-
mente la verdadera frase ingenua y abierta del
corazón que pide.

—¡Quírame Delia!

Y lo dijo con voz tan suave, con acento tan hu-
milde, tan suplicante, que aún despues de haberse
él retirado, sentía Delia en sus oídos aquella voz
suavisima repitiendo.

—¡Quírame Delia!

Ella no sabía que esa frase la había él ensayado
una tarde entera, hasta en el tramvia, mientras lle-
gaba á su casa, buscando con ardor la expresión
ingenua y franca del corazón que pide; y así, vien-
do solo en ella el último llamado del que no tiene
ya esperanza, llegó á no olvidar ya la voz triste
que decía en su oído, muchas veces al día: «¡Quí-
rame Delia!» y a desear casi que volviera á de-
cirse así, rendido de amor, pidiendo tregua para
su corazón juvenil aniquilado en la lucha.

Pero Mario tardó mucho en volver; comprendió
que era inútil ya rogar á aquella mujer que le ha-
bía hecho sufrir; y recordando con vergüenza sus
raptos de violenta pasión helados por el frío de una
pregunta banal, cuando volvió á verla solo tenía
una tranquila indiferencia, algo de orgullo ofendido
ya demasiado, y no volvió á hablarla de amor; los
teatros y los bailes llenaron la conversación. El ha-
bia ido por fin á bailes de Carnaval. ¿Se había di-
vertido mucho en ellos? ¿Sí?—Claro no había de
ir para entristecerse... ¿Y de teatros? ¿Y la pla-
za? ¿No le traía ningún recuerdo la playa?

El la miró al ver que acentuaba las palabras.
Delia parecía un poco nerviosa y quedaba á ratos
pensativa.

—¿La playa? Contestó decidido á no dejarse do-
minar otra vez.—Está muy linda. Yo voy á bañar-
me nada más, y el baño no me trae mayores re-
cuerdos.

Y quedó orgulloso, orgulloso de haberse vencido
por fin, delante de ella.

(Continuad)

MOI

(PARODIA)

Soy negro como negros son los tizos
que arden en el invierno en el hogar;
soy triste como triste es el reflejo
de un lejano farol municipal.

Canto cuando contemplo que no tengo
un solo peso ni hay quien me lo dé;
y llevo mi levita al prestamista
que existe en la avenida de Rondé (1)

Soy pobre como pobres son las ratas;
tengo en deudas inmenso fortunón;
y si pobre es mi hogar y mi fortuna
más pobre es el que escriba como yo.

GABRIEL MERINO

Correspondencia Particular

Sáftro.—Montevideo.—

*Cada ojo tuyo... ¿lo diré?
Me hacen el efecto del cielo
puro, limpio, sin un velo
como en las mañanas se vé...
¡mi vida, mi preciosa, mi anhelo!*

Sin contar que Sáftro no es esdrújulo ni se es-
cribe con S, la primera quintilla no es más que
una pésima tontería, y las siguientes están
unidas en un vínculo de consagñidad irrepro-
chable.

uc as O.—Pando.—Amigo mío: es imposible creer
lo que usted dice por varias razones, primera,
por que la gente no se nutre de congojas, y se-
gunda, porque el lianto no es *efluvio Jebra!*
Éso es disparatar, y nada más.

Z. R. O.—Montevideo.— Regular, pero nada más
que regular. Lo siento, pero es imposible...

Nicomedes.—Montevideo.— En este no puede ir,
pero ira en el número que viene. Gracias, y
siga escribiendo.

Re-la-si.—Montevideo.— Ya que usted, por el
pseudónimo, parece tan filarmónico, le regalaría
un bombo para que tocase un poquito ese
instrumento al hablar con su bella... ¡Adoles-
cente criatura! como la llama usted en su ex-
traordinario soneto.

Pantaleón.—Montevideo.— ¡Pazguato! ¡Bononio!

Emir.—Salto.—No entiendo, amigo mío; usted me
había prometido unas *décimas políticas*, y ahora
resulta que son centenas. ¡Muy largo es eso!
Además, tiene tan poca intención... ¿No po-
dría Vd. escribirse otro?

(1) au.—No estrañe el lector que escriba—estas silabas
abajo;—me costaría trabajo—el colocarlas arriba.

Bolica Central
HOMOPÁTICA
 18 DE JULIO 953



EL TORO
 MANUFACTURA
 DE
 TABACOS Y VAPOR
 Y
 FABRICA DE CIGARRILLOS
 DE
 SALGUEIRO



HOTEL CENTRAL
 Gregorio y Pda. y C.
 CALLE 25 DE MAYO
 241 y 247



ALF. Bamba



CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

STUDIO DOLOCE
 DOLOCE



Calle Sarandi, 359
 Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

FOTOGRAFIA INGLESA
 DE J. PATRICK



Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

EL ANTICUARIO



Calle 18 de Julio 184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que pátexca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

ESTUDIO DOLOCE



CHUTE & BROOKS
 Calle 25 de Mayo 300
 MONTEVIDEO
 Calle Florida 44
 BUENOS AIRES

GALLIGARIS
 Estudio fotografico



Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.